

Trescientos Años Después

# "Las Meninas" de Velázquez Traducidas por Picasso

Por F. Gil Tovar  
(Para LECTURAS DOMINICALES)

**L**a anécdota sobre el retrato del almirante Adrián Pulido Pareja, que pintara Velázquez, corría de boca en boca, al parecer, entre la sociedad madrileña del siglo XVII: el famoso pintor, una vez terminado el retrato, lo había dejado sobre un caballete, en algún rincón de su taller palatino. Acercóse a entrar allí, como solía, Felipe IV, y dirigiendo la vista hacia el cuadro, dijo: "¿Cómo estáis aún aquí, almirante? Yo había ordenado vuestra marcha". Y, enseguida, dándose cuenta de su error: "Me has engañado", confesó sonriente, volviéndose hacia su pintor de cámara.

Tan notable era la ilusión de realidad en las figuras que Velázquez retrataba con su envoltura atmosférica, que solo con estar el cuadro en una atmósfera igual a la pintada en él podía creerse de carne y hueso lo que no era sino imagen. Por eso, y abusando quizás un poco humorísticamente de esta fama, cierto servidor del Vaticano advertía a quienes aguardaban en la antesala papal: "Hablad más quedo, que el Santo Padre está en la estancia vecina". Lo que había en ella era, en realidad, el retrato de Inocencio X, hecho por Velázquez durante su permanencia en Roma, y que es uno de los más formidablemente pintados de toda la historia.

La fama de Diego Velázquez, resistente a todos los cambios del gusto acaecidos hasta ahora, se debe en particular a la curiosa alianza entre su visión realista y totalizadora del mundo y algo misterioso que emana de "su" mundo pictórico.

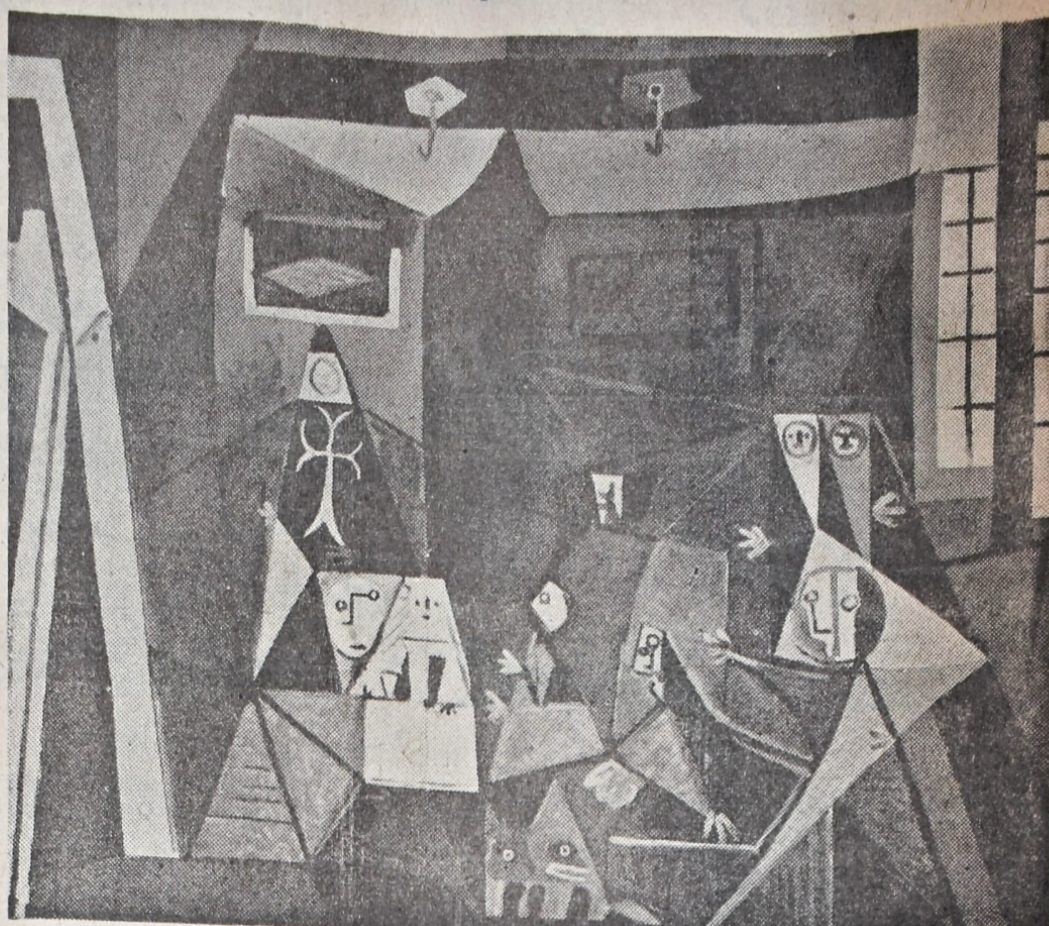
Si fuera Velázquez no más que un realista, como habitualmente se dice, no sería mucho mayor que otros grandes del realismo acunado por el estilo barroco; y aun así, siendo un mero pintor del realismo, sería uno de los más grandes.

**LO QUE EL PUEBLO VE**  
Pero es claro que lo más importante de Velázquez no es lo que tenga de fiel reproducidor de las anécdotas superficiales y de los temas-documento; si bien, como pintor de cámara que era, —cargo simultáneo con el de aposentador o jefe de protocolo de palacio— tenía la obligación de dejar documentos pintados sobre la vida oficial de su tiempo.

Ese reflejo de lo documental y anecdótico es lo que muchas veces da fama extra-artística y popularidad a grandes artistas, popularidad que es algo así como su "mala fama"; porque la verdad es que solo unas minorías tienen la inteligencia, la sensibilidad y los conocimientos técnicos y culturales que conducen a captar la zona más gustosa del arte... aunque se llame realista.

Lo que la buena gente mira y admira en el Museo del Prado en "Las Lanzas" y "Las Meninas" no es lo verdaderamente grande de estas obras de Velázquez. Lo mismo que lo que impelió a una pudibunda sufragista inglesa a apuñalar en 1914 el velazqueño lienzo de "La Venus del espejo" no era precisamente un motivo estético.

La gente se sitúa ante éstas y tantas otras obras (¡qué diremos de la "Monna Lisa" o de la "Venus de Milo"!), sugestionada por un nombre famoso sobre el que ha caído mucha literatura, para "ver" la graciosa majestada de la niña de los tristes destinos, Margarita de Austria, junto a la fea y chata Maribárbole; o para oír lo que quiera contarle cualquier verborreoso cicerone sobre la lección de nobleza



El lienzo N° 34 de la interpretación de "Las Meninas", por Picasso. Estudio del juego de espacios velazqueño. (1957).

a la antigua usanza que encierra el tema de "Las Lanzas", donde el vencedor parece disimular su victoria saludando afablemente al vencido. Y se supone que la mayoría de los visitantes de la National Gallery que se detienen ante la "Venus" se rá para recordar a aquella agresiva sufragista de 1914 o para conocer, siquiera sea en pintura, a una estupenda andaluza en cueros, cosa que es muy difícil ver en vivo, y menos aún, en Londres.

**LO QUE EL PUEBLO NO VE**  
No verá la buena gente en "Las Meninas" esa "biblia de la pintura" de que hablan algunos artistas antiguos; ni esa "calidad de lo inasible" a que alude Jean Babelon; ni el misterio que sugestionaba al pintor Solana; ni "la realización más artística de las aspiraciones que movieron a los pintores de todos los tiempos", con que August L. Mayer define el cuadro; ni "la más espléndida pieza de pintura que quizás jamás se hizo" con que el impresionista Manet proclamaba entusiasmado su descubrimiento velazqueño hace ahora un siglo...

Porque, aunque se diga que la pintura antigua la entendía todo el mundo, mientras que la moderna no la entiende nadie, hay que notar que lo que todo el mundo entendía del arte del pasado —no del arte pasado, que es otra cosa— era precisamente eso: lo que buenamente podía entender, lo más superficial, es decir, el supuesto parecido con las figuras de carne y hueso (¿y quién nos dice que la imagen de Felipe IV que conocemos por Velázquez, era así en realidad?). Los valores más sugestivos, que no son precisamente los de este



Estudio de la figura arrodillada de la camarera doña Agustina, en la versión de Picasso.

mundo, sino los que nos trasladan al mundo estético de Velázquez; es decir, los valores que mantienen a este pintor aún hoy "de moda"; los que captaron ante sus cuadros las retinas agudas y los sensibles espíritus de Goya, de Manet, de Fortuny, de Justi, de Mayer, de Stevenson, de Elie Faure, de Von Loga, de Beruete, de Légendre, de Solana, de Ortega y Gasset, de Picasso o de Malraux, esos no han podido estar nunca al alcance del pueblo no formado.

**LO QUE HAY EN "LAS MENINAS"**  
Mirar "Las Meninas" es bien fácil. Verlas, parece más difícil. Aprehenderlas del todo, casi imposible. Cuando André Malraux

se refiere al secreto de este cuadro, está aludiendo sin duda a esa especie de impenetrabilidad, cosa puramente artística que tiene poco que ver con su realismo, no menos cierto por eso. Para mí, ese realismo tan escasamente real es lo que imprime la calidad más sugestiva a la obra de Velázquez, enigma permanente de espacio y tiempo.

Cualquier aficionado a la pintura conoce la anécdota pintada en el lienzo: al taller palaciego donde, en 1656, Velázquez está pintando cualquier cosa, ha entrado para matar su aburrimiento la princesa Margarita con algunos servidores, los cuales se entretienen rodeando al pintor, cerca de quien seesta un enorme perro, tan flemático como dicen que Velázquez era, y que no se inmota ante las cosquillas que le hace con el pie el menudo Nicolasilio Porto-Santo. El rey y la reina han llegado, asimismo, y se detienen unos instantes observando la escena. Velázquez los ha pintado reflejados en el espejo del fondo del taller, colgado junto a la puerta por donde sale otro personaje.

Eso es todo: como anécdota, sencilla. Una especie de instantánea de la vida corriente en la real casa, cuya sencillez molestaría al contemporáneo Vincenzo Carduccio, quien estimaba que pintar tales cosas era "abatir el generoso arte a conceptos humildes, en mengua del mismo arte".

## PINTURA-PINTURA

El tema, bien se sabe, no es lo más importante de la pintura. Lo que importa de una pintura, valgan Perogrullo, es la pintura. Y Velázquez es todo pintura.

Si hay pintores que se acercan a los valores de la arquitectura o de la escultura, como Mantegna y Miguel Angel; y otros que cuando pintan hacen música, como Botticelli o Gauguin; y otros que trascienden mística, como El Greco; y otros, en fin, que hacen literatura costumbrista, o sociología, o política, Velázquez ha e e particularmente pintura: es un pintor-pintor.

## "MENINAS" DE PICASSO

Por eso, su paisano Picasso, que tiene ahora casi ochenta años, copió el cuadro de Velázquez hace ya sesenta y ha seguido prendido en el misterio de "Las Meninas" largo tiempo, hasta que, en 1957, se ha sentido capaz de "liberarse de Velázquez" pintando y volviendo a pintar a su modo el cuadro, del que ha hecho nada menos que cuarenta y cuatro versiones distintas, totales o parciales.

Cuarenta y cuatro veces "Las Meninas" por Picasso, vertidas al cubismo, al expresionismo, al simultaneísmo, al feísmo, al distorsionismo, al vitalismo... al picassismo, en fin.

¿Qué prueba ello? La vitalidad y sugestividad de dos artistas en los que no hay ni pasado ni futuro, no por ser ellos, sino por ser artistas: "Si una obra de arte no puede vivir siempre en el presente, no merece ser tomada en consideración", ha dicho el propio Picasso. Y la obra velazqueña vive presente sin duda, porque es parte de la verdad de su época y parte de la mentira que es el arte en todo tiempo, mentira necesaria para nuestro mundo íntimo, pues "gracias a ella formamos nuestro punto de vista estético de la vida".

## DE UN JUEGO A OTRO

Lo que Picasso ha hecho al interpretar tantas veces "Las Meninas" no ha sido, naturalmente, copiarlas ni replicarlas, sino transportarlas a un tiempo estético del siglo XX, re-creándolas con elementos de su personal mentira artística.

"Meninas" picassianas para gentes de nuestra hora, en las que se ha eliminado, por supuesto, casi toda semejanza con las de Velázquez. Se trata de otro juego.

¿Para qué ha servido, entonces, la obra velazqueña? Para ofrecer a un artista de nuestro tiempo un trozo de mundo viejo visto bajo la luminosa inquietud barroca; para que juegue, intentando descubrir su secreto, interpretando nuevamente aquel maravilloso triunfo atmosférico, aquel habilitado truco del espacio ideal frente al espejo, aquel compuesto de rostros e indumentarias...

Trescientos años después, este Picasso que no es menos barroco que Velázquez aunque sí menos quieto, se acerca cuarenta y cuatro veces al pintor de Felipe IV para poder alejarse de él en el sentido de sacudirse la inquietud velazqueña, y le rinde homenaje al filo de la conmemoración de la muerte de aquel pintor que dejó el mundo en 1660.



"Las Meninas" de Velázquez (1656). Museo del Prado. - Madrid.